

## Preludio

Años atrás, en las horas de esplendor de juventud, nada hacía presagiar que las voces del Requiem desgarrarían nuestras entrañas y nos atormentarían a lo largo de nuestras vidas.

Las luces de Portsmouth se diluyen en el horizonte cuando las contemplo desde la popa del navío y los recuerdos acuden a mi memoria, lejanos y difusos, para aproximarse poco a poco y hacerse cada vez más nítidos, con la misma claridad que si se hubieran grabado en este mismo instante.

¿Qué será de Clara? No he dejado de pensar en ella desde que la vi por última vez en el paseo de los magnolios. Aunque la imagen de Octavio se superpone en mi memoria y no me permite que su presencia se perfile con lucidez.

El día en que le presenté a Octavio, Clara tenía poco más de veinte años; y yo no podía imaginar que se había enamorado de mí desde que me conoció, siendo

casi una niña. En mi ofuscación por el trabajo no había sido capaz de percibirlo y no era consciente de que Clara se había convertido en una hermosa e inteligente mujer.

Si pudiera cambiar el pasado, mi torpeza no habría cegado mis sentidos y hubiese comprendido que estábamos de manera inexorable unidos por el destino. No fue así y este error imperdonable marcó nuestras vidas, la de ella, la mía y la de Octavio.

Han transcurrido incontables años, fugazmente, como si el tiempo se hubiese acelerado. El navío está próximo a surcar la soledad de un océano sin límites y, al contemplar como la costa inglesa se pierde en el horizonte, se avivan mis evocaciones.

Se desvanece la iluminación eléctrica de Portsmouth a la vez que surgen temblorosas las luces de las farolas de aceite que me despidieron cuando partí para Blackwall y el buque iniciaba su entrada en alta mar, flanqueado por los castillos que custodian la bocana de la ría de mi ciudad natal.

Regreso a mi juventud y recorro el puerto de

pescadores, los astilleros y las calles trazadas con perfección geométrica, a las que se asoman las armoniosas galerías acristaladas de sus viviendas.

Han quedado muy atrás los tiempos de prosperidad que impulsaron el crecimiento de Ferrol en el ecuador del siglo dieciocho, cuando se convirtió en la ciudad más importante de Galicia. Los acontecimientos históricos han ocasionado profundas heridas. Tras las guerras napoleónicas y la pérdida de las colonias se han reducido sustancialmente los presupuestos de la Armada, de los que depende la economía local. Por otra parte su relevancia estratégica comienza a ser cuestionada a causa del desarrollo de nuevas técnicas militares.

Sin embargo, ahora, hacia la mitad del siglo diecinueve, el ciclo parece invertirse. Se construyen nuevos diques y el pulso de los astilleros vuelve a latir impulsado por la contratación de nuevos buques. Como contrapunto, las mutaciones y conflictos sociales que surgieron en Europa parecen concentrarse en la ciudad, de marcado carácter industrial, microcosmos en el que se reflejan las convulsiones que agitan el continente.

La costa ha desaparecido y la oscuridad de la noche hace que tu imagen emerja con absoluta claridad. Te contemplo cuando entras en la iglesia y tu presencia me produce una conmoción tan intensa e indeleble que ha quedado entallada en mí para siempre.

Cómo es posible que esta hermosa mujer sea la misma Clara que para mí no era más que una adolescente que acababa de traspasar el umbral de la infancia. Me perturban tus ademanes suaves y tus flexibles movimientos que transmiten a tu esbelta figura una sensación de armoniosa ingravidez. Y tu cabello ya no es de color de zanahoria, como me gustaba decir cuando trataba de enojarte. Ahora tiene el impresionante color del sol cuando se pierde en los confines del Atlántico. Y tus ojos serenos y soñadores y tus finos labios completan la imagen de un rostro atractivo y expresivo que con la fuerza de un potente imán me arrastra hacia ti.

Me paralizaron las sensaciones que me desbordaron desde que te descubrí, la insólita y desconocida Clara que de pronto surgió ante mí. Y al

observarte una vez más creí percibir un gesto de tristeza que matizaba la serenidad de tu rostro.

Y sentí que me dirigías una mirada melancólica cuyo significado no logré interpretar.